

Tomo II

Con una mano sosteniendo el pan y con la otra deslizando las hojas vorazmente, convertí mis ojos en una lupa, a ver si lograba hacer coincidir la frase que estaba buscando. No fue tan difícil conseguirlo de la panadería esta vez, a pesar de haber sido perseguida por esos dos guardias.

–¡Ey! Detente ahí niño.

Sonreí de reojo y comencé a correr. Puf, niño. Me desagradaba un poco, pero a fin de cuentas era *mi mejor disfraz*, con este cuerpo parecía que tuviera dieciséis. No me enorgullecía robar, pero había sido mi única opción este último tiempo. Doblé por un callejón y me deslicé por un minúsculo espacio de una barrera de madera vieja y rota, dificultándoles la misión. Sobre todo, al guardia de mostacho y figura ancha. Agitada, choqué con los hombros de algunas personas y boté una caja de tomates.

–Allá va. ¡Alto en nombre de la ley!

Salté la carreta de un señor y caí rodando, en una *perfecta ejecución*. Miré para atrás y continúe corriendo tres cuadras para doblar a la derecha. Subí a unas cajas y me aferré a una canaleta mohosa, escalé y salté a una superficie de mármol que sobresalía de una ventana, dándome un respiro, para luego volver a la acción. Seguí saltando sobre lo que funcionara como escaloncitos y llegué al tejado de lajas planas, gris opaco. Cuando divisé a los guardias, silbé y con mano firme les hice un gesto de despedida militar.

Después de recordar mi pequeña aventura matutina, ya con una respiración exasperante, logré descifrar la última palabra que coincidía con una en el libro.

–¡Por las perlas de Coco Chanel!

Después de largos días. Lo tenía. Me di cuenta de que el papel estaba todo arrugado por la frustración. Tan solo una frase y una simbología para traducirla, para encontrar la ubicación del siguiente libro de la *“La réalité des rêves”*. Esta colección le ha pertenecido a mi familia desde hace generaciones. El tesoro olvidado de los Lumière. Recuerdo las últimas palabras de mi madre: “Anika, tú misión es reunir todos los libros nuevamente. Antes que los Círculos Oscuros los encuentren. En París empezará tu búsqueda, descifra su ubicación escondida con una simbología antigua de nuestros antepasados, en el Tomo I. La brújula de tu padre te guiará, pero no olvides que tienes una propia, la clave es *la conexión contigo misma*”.

Eso es lo que haría. No había trabajado en vano la tierra con mi padre, pues esa fuerza no se pierde. Su especialidad era la agricultura, de eso vivíamos, junto con las atenciones médicas de mamá, pero del tipo sanadora, ella desataba nudos en las corrientes del cuerpo. Ellos me enseñaron, que estamos hechos de energía. La conexión con el inconsciente, con uno mismo, es la clave para despertar cualquier tipo de poder. Desde muy pequeña había empezado a tener sueños lúcidos, esto significa ser consciente de que estás soñando. Les decía a quien quiera que se cruzara dentro

de ese mundo, que eso no era real, que era un sueño. Y mi voz al decir esas palabras no era un hilito agudo, sino una en que nadie me lo podía negar, que nadie me respondía, pero, aun así, por como son los sueños, este seguía su rumbo, pudiendo así ocurrir las cosas más maravillosas. En los que más vivenciaba esa lucidez, era cuando volaba. Todos teníamos algún tipo de sueño que se repetía. “Una buena forma para entendernos, para conocer nuestros límites, defectos y virtudes”, decía mi padre.

Pero, hasta hace poco, me ocurrió lo que muchos intentaron por medio de ejercicios escritos en los libros, pero sin obtener resultado. Al cumplir los diecinueve, pude controlar un movimiento en el sueño, que jamás olvidaría. Fui la primera de la familia en lograrlo.

Me paré decidida. La ubicación era la Bibliothèque Mazarin, una de las más antiguas en Paris, por lo que había escuchado. Esa sería mi próxima parada. Me cambié los cómodos pantalones café y, como si tuviera muchas opciones, encima de la camisa blanca me puse un simple vestido azul cobalto como el del libro. Ajusté bien mis viejas botas de cuero y con una cinta me anudé el pelo dorado. Y colgada al cuello, escondí la brújula.

Salí a la calle, dejando atrás las paredes de madera que constituían la modesta estancia en donde me alojaba. La señora Laurent, me dijo que siempre sería un gusto recibir a la hija de Céline, quien fue su mejor amiga. Señores de traje negro caminaban en distintas direcciones, algunos acompañados de sus esposas bien arregladas, con sombreros pomposos y sombrillas como única defensa, no solo contra la lluvia, aunque tal vez solo yo me atrevería a ocuparlas de otra manera. Pero mi objetivo seguía siendo pasar desapercibida.

Disfrutaba admirar como cambiaba la estación, de hojas en tonos cafés, la gran mayoría ya por el suelo para dar la bienvenida a la gélida y blanca nieve, que descansaba sobre los techos de los carruajes. Además, me impresionaba la formación de los cristales de nieve, adoptando formas geométricas únicas, a cada momento. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de *contemplar* con tanta detención, lo extrañaba.

Llegué al Musée du Louvre, pues justo del otro lado quedaba la Bibliothèque. La primera vez que llegue aquí, francamente no lo podía creer. Había quedado fascinada con el Pont des Arts, por el que estaba cruzando; los faroles, barcos, el agua de un color azul petróleo cristalino, por el reflejo del cielo. De donde venía, Annecy, un pueblo alpino, conocido por su Vieille Ville, estaba acostumbrada a sus calles adoquinadas, canales serpenteantes y casas con colores pasteles.

En la entrada había una señora de anteojos puntiagudos con apariencia poco amigable, que me miró de arriba abajo, con desaprobación.

–Buenos días –respondí forzando mi mejor sonrisa.

Mis antepasados habían escondido los otros libros con el fin de protegerlos de los Círculos Oscuros, grupos que se formaron con otro rumbo, ambiciosos de poder. Aprendí que en este mundo siempre existirá la *luz* y la *oscuridad*, si se niega una, desaparece la otra. Pero elegir un camino demarcado por solo una de ellas, en este caso la oscuridad, es terreno difícil y si no sales de ella a tiempo, te domina. Uno de estos grupos, fue en busca de mis padres, obligándoles a muerte a que revelaran la

ubicación. Pero ellos se negaron, no sabían, no se habían dado el tiempo que yo tuve finalmente que darme. No recuerdo que los hayan lastimado gravemente, solo que una potente luz cegadora se los llevó sin dejar rastro de ellos. Ahora entiendo el porqué de los entrenamientos cada día, pues mamá había tenido una visión de la situación. Me dolió, me duele. Pero en ese entonces, al ver el papel con las indicaciones, encima de un bolso grueso y tosco, lleno de provisiones; me hizo entender que no tenía tiempo para angustiarme y entrar en esa emoción que me atormentaba. Que estarían conmigo donde fuera y pase lo que pase.

Empecé husmeando los rincones menos visibles. Tan solo tenía el indicio de que se encontraba debajo de una marca, un sello protector, que solo los con nuestra sangre lo pueden deshacer. Estuve así un buen rato cuando me percaté de que un joven me miraba, atento. Decidí alejarme, y al voltear, me lo topé en frente mío sorprendentemente. Se había movido muy rápido. Demasiado.

–Disculpe señorita. ¿La puedo ayudar en algo?

Noté que tenía un gafete. Era bastante atractivo debo decir. Nunca me había fijado en nadie de esa manera.

–No se preocupe. Solo... estoy mirando.

–Hum. –Por un segundo sentí su mirada tan penetrante que casi me da escalofríos. –Cualquier cosa, estaré cerca.

Asentí. Pasé por su lado y por el rabillo del ojo, detecté algo que ya había visto antes. Un tatuaje. Me congelé. Me sujetó del brazo, sin dejarme avanzar.

–¿Quién eres? ¡Suéltame!

–Shsss. No grites. Te conozco Anika, no temas.

¿Qué estaba pasando? No me parecía conocido. Se apegó a mí, su aliento cálido rozó mi oído y susurró:

–Estás buscando el siguiente libro, ¿verdad?

Me tomó desprevenida su pregunta. No dije nada, no podía articular palabra.

–Sé dónde está.

No pude evitar abrir los ojos estupefacta. Tomó mi mano, dejando algo en ella. Y como flashback, una imagen: esos ojos.

–Tú eres... –Me calló con su dedo. Deslizándolo suavemente por mis labios.

–Las paredes oyen.

Y tal cual como llegó, se fue, doblando por uno de los pasillos. Solté el aire que contenía, sin darme cuenta, relajando los hombros. Abrí la mano con detenimiento. Era un papel perfectamente doblado. Sonreí levemente. Al leerlo decía “Sube las escaleras del lado izquierdo. En la última

estantería al fondo, cuenta de abajo hacia arriba, en la repisa n°8, se encuentra un libro antiguo y pesado. Sácalo cuidadosamente y aparecerá un sello mágico, el cual supongo que reconocerás. -L”

No esperé más. Afirmé con fuerza lo que me había dado. Y seguí sus indicaciones. Todo era de madera, amplio y sumamente ordenado. Subí y caminé hasta al fondo. Conté las repisas. Allí estaba. Un libro antiguo y pesado, tal cual me había dicho. Pesaba más de lo que creía. Lo dejé a un lado, con cuidado. Respiré profundo. Concentrándome. Dejé mi mente en blanco. Me enfoqué en un punto en mi *interior*, como una flama ardiente, envuelta en mis manos. Cuando canalicé la suficiente, comencé a percibir las rutas del aire, dándome la bienvenida. Y en un breve cerrar de ojos me moví ligera como una pluma, pero tajante como la espada de un samurái.

Un estallido de energía invisible, me removió el cuerpo y se expandió fuertemente en una onda, desapareciendo por completo el sello. Despacio, introduje la mano y saqué un libro idéntico al que me habían dado mis padres, pero en este salía Tomo II. Me llevé una mano a la boca. Y lo apreté contra mi pecho. Magnífico, lo tenía.